

Anatomía del Tercer Reich



Anatomía del Tercer Reich

El debate y los historiadores

Álvaro Lozano


melusina

© Álvaro Lozano, 2012

© Editorial Melusina, s. L.
www.melusina.com

Segunda edición corregida por el autor, 2012

Reservados todos los derechos

Diseño de cubierta: Raül Vicent Claramunt
Fotocomposició: Carolina Hernández Terrazas
Impresión: Romanyà Valls, s. A.

ISBN-13: 978-84-15373-04-9
Depósito legal: TF-212-2012

Impreso en España

Contenido

Introducción 9
1. Historiografía del nazismo 23
2. Historiografía del Holocausto 129
Conclusión 251

Bibliografía 271

Cronología 279

Introducción

The past is never dead. It's not even past.
William Faulkner, *Requiem for a Nun*

Quince años después del fin de la segunda guerra mundial, el polémico historiador británico Alan John Percival Taylor afirmaba que la guerra, «como su predecesora, ha pasado a la historia y es tan remota para los estudiantes como la guerra de los Boers». Taylor estaba por supuesto equivocado ya que la guerra y, el Tercer Reich en particular, seguirían proyectando una sombra alargada, invadiendo el lenguaje, la política y continuarían siendo esenciales para la aleación de memoria y mito que constituye la base fundamental de la imagen nacional.

En 1995, cincuenta años tras el fin de la segunda guerra mundial, las batallas sobre el significado del acontecimiento seguían librándose con fuerza. En Estados Unidos, los veteranos de guerra condenaban la utilización de una proyectada exposición sobre la misión del avión B-29, *Enola Gay*, para discutir las implicaciones más amplias del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki. Sus enérgicas protestas llevaron finalmente a la cancelación de la exposición, que quedó reducida al avión *Enola Gay* con sus características técnicas, desprovisto de cualquier referencia más amplia sobre el significado de su misión. Desde una perspectiva internacional, la controversia sobre el *Enola Gay* no fue, en modo alguno, excepcional. Reflejaba las duras batallas que cada nación ha experimentado para legar la memoria de la segunda guerra mundial a las nuevas generaciones. En el aniversario de la derrota

de Japón, país que ha tenido enormes dificultades en enfrentarse a las implicaciones profundas de su pasado bélico, la atención se volcó en la cuestión de la responsabilidad nacional, los crímenes de guerra y la empatía hacia las víctimas. Asimismo, el aniversario ofreció la oportunidad a los supervivientes de las bombas atómicas para ofrecer su versión del fin de la guerra.

En Europa, desde Londres a Moscú, desde las playas de Normandía hasta las puertas de Auschwitz, las ceremonias públicas permitieron a los participantes revivir los dolorosos recuerdos y relatar de nuevo sus vivencias de 1945. Los jefes de Estado y los historiadores discutían sin cesar sobre la mejor forma de conmemorar el fin de la guerra y los debates generados explicitaron las muchas formas en que historia, política e identidad nacional se entremezclaban en una compleja simbiosis.

Alemania, en el cincuenta aniversario del fin de la guerra, era nuevamente la mayor potencia europea, recientemente reunificada y con una economía dominante. El contraste entre ese momento y la postrada Alemania de 1945 no podía ser mayor. Existía una inevitable ambivalencia hacia las reacciones alemanas de derrota mezcladas con culpabilidad. ¿Podía ser celebrado el fin del nacionalsocialismo cuando la nación había sido derrotada? ¿Era posible que la nación y el régimen fueran analizados de forma separada?

Sin embargo, Alemania no era el único país que tenía que hacer frente a un pasado turbio durante el periodo 1933-1945. En Rusia, era necesario cubrir los detalles del Pacto germano-soviético y los intentos de Stalin para alcanzar la paz con Alemania tras la invasión de 1941. En Francia, era necesario hacer frente a los sondeos que señalaban la popularidad del régimen de Vichy y la complicidad de una parte de la sociedad francesa en la expulsión de los judíos así como el grado de continuidad entre Vichy y la Francia de posguerra; en Estados Unidos, la segregación en las fuerzas armadas y la polémica detención de los japoneses norteamericanos; en Italia, la utilización de gas por parte de Italia en la campaña de Etiopía en 1936; en Japón, la brutal guerra en China y el trato a los prisioneros de guerra; en Gran Bretaña,

entre otras cuestiones espinosas, la repatriación de los cosacos al final de la guerra a la Unión Soviética (URSS), donde les esperaba una muerte segura e, incluso, en la neutral y pacífica Suiza, los oscuros negocios de la banca helvética con el régimen nazi.

Por tanto, la controversia pública en Alemania sobre mayo de 1945 no fue excepcional. Sin embargo, en una nación cuya historia incluía el periodo nacionalsocialista, la reflexión sobre el fin de la guerra acarreaba una dolorosa y compleja confrontación con el pasado. Tal y como revelaron los actos conmemorativos en Alemania, las disputas sobre el fin de la segunda guerra mundial reflejaban de forma inevitable la configuración de la memoria desde 1945. Algunos soldados seguían con vida, así como las historias de la guerra que habían pasado a formar parte del imaginario colectivo en las décadas que siguieron al final del conflicto.

Con más de cuarenta mil títulos publicados, cifra que aumenta sin cesar cada año, nadie puede afirmar que el Tercer Reich sea un tema desdeñado por los historiadores. Y, sin embargo, este fenómeno resulta ciertamente paradójico. Por un lado, pocos periodos tan breves de la historia mundial como éste han sido sometidos a un escrutinio tan intenso y a una escala tan internacional. Por otro lado, existen pocos periodos sobre los que se dé un consenso tan uniforme y tan poco distinguible por motivos de lealtad nacional. La pasión y la intensidad de los debates originados sobre la Revolución rusa, por ejemplo, no se han suscitado en el caso de la Alemania nazi. Si descontamos a un irreductible grupúsculo de negadores del Holocausto, existe unanimidad sobre las atrocidades nazis, y apenas existen apologistas ni defensores de la barbarie nazi. En esas condiciones, resulta pertinente cuestionarse si todavía queda mucho campo para la investigación y el análisis.

La respuesta tiene que ser necesariamente afirmativa. Los historiadores se dedican principalmente a la explicación y la contextualización, no al juicio, y existe un enorme margen para el desacuerdo y para los debates sobre lo que sucedió realmente entre 1919 y 1945. Las cuestiones suscitadas por esa historia intensa y breve son numerosas y apasionantes: ¿Cómo pudo un partido

que prometía tan poco en sus inicios irrumpir con tanta fuerza en el escenario político alemán tan sólo unos años después? ¿Cómo pudo el partido nazi obtener una proporción mayor de votos en 1932 que ningún otro partido? ¿Cómo logró Hitler maniobrar para sacudirse el tutelaje de la derecha conservadora alemana que pretendía utilizarle para sus propios fines? ¿Cómo se explica la recuperación económica alemana? ¿Quién detentaba realmente el poder en la Alemania nazi? ¿Quiénes fueron los principales beneficiarios de las políticas nazis? ¿Cómo pudo el antisemitismo arraigar tanto en una cultura en la que los judíos estaban tan asimilados? ¿Cómo pudieron las Iglesias llegar a un *modus vivendi* con un régimen tan incompatible con sus valores religiosos? ¿Cómo explicar los innegables éxitos de política exterior de Hitler que lanzaron a Alemania al centro de la política internacional? ¿Fue la guerra desatada en 1939 la culminación de la política exterior de Hitler o fue forzada por la marcha de la economía y las tensiones internas del régimen nazi? ¿Cómo entender la figura de Hitler y el papel que jugó? ¿Fue Hitler un «dictador débil»?

En principio, los instrumentos tradicionales de la historia deberían servir para responder a la mayoría de estas cuestiones. Sin embargo, es preciso añadir una cuestión esencial: ¿cómo entender el violento programa «biopolítico» de ingeniería racial y eugenesia adoptado por el régimen nazi con su culminación en la guerra contra los eslavos «subhumanos» y el paroxismo de aniquilación que acabó con la población judía europea? ¿Qué contextos de explicación pueden dar sentido al periodo sin relativizar por tanto su significado? Éste es un escollo que oscurece todos los intentos por entender la Alemania nazi.

A pesar de todo, los historiadores no se han amilanado ante la tarea de comprender el periodo, comenzando por los esfuerzos de los coetáneos de la década de los treinta y cuarenta. Veinte años después de la guerra, la labor de investigación se había convertido en un proyecto extraordinario, un gran esfuerzo de colaboración entre historiadores británicos y alemanes, principalmente. Sin embargo, y no de forma sorprendente, los debates han sido más incisivos entre los historiadores alemanes, para quienes las

perspectivas políticas y académicas se solapan inevitablemente. En 1949, el primer presidente del nuevo parlamento de la República Federal de Alemania (RFA), Paul Löbe, advertía a sus compatriotas de que debían «soportar las consecuencias del nazismo por un periodo indefinido».

El gran problema del estudio del nazismo es la dificultad de «historizar» el tema. Las atrocidades cometidas durante el periodo hacen que la objetividad histórica sea misión casi imposible. Al enterarse de la orden que abandonaba a su suerte a los prisioneros de guerra soviéticos en 1941, el comandante general Von Treskow le advirtió a un oficial amigo suyo que la culpa recaería sobre los alemanes por cien años «y no sólo sobre Hitler, sino sobre ti y sobre mí, sobre tu mujer y la mía, sobre tus hijos y sobre los míos, sobre la mujer que cruza ahora la calle y sobre el niño jugando con la pelota por allí». La larga sombra de la guerra de exterminio en Rusia y el Holocausto han hecho muy difícil que los historiadores puedan «normalizar» el estudio del nazismo y tratarlo como un periodo más. Para Dan Diner, historiador opuesto a la «normalización», Auschwitz «es una tierra de nadie del entendimiento, un agujero negro sin explicación, un vacío de interpretación».

En 1959, el filósofo Theodor Adorno criticaba con dureza a sus compatriotas de la RFA por no aceptar la responsabilidad por los crímenes del nacionalsocialismo y por su flagrante fracaso en «hacer frente al pasado». En un influyente ensayo titulado *What Does Coming to Terms with the Past Mean?* (¿Qué significa asumir el pasado?), Adorno acusaba a los alemanes de negar la responsabilidad por el nacionalsocialismo y de esconder los horrores del Tercer Reich bajo «circunloquios eufemísticos». El recorrido vital de Adorno contribuía a su profundo odio al nazismo que le había dejado con «reflexiones sobre una vida dañada». Le había obligado a vivir en Estados Unidos, país que no comprendía del todo y que nunca hizo suyo, obligándole a trabajar en un idioma que no le permitía los matices lingüísticos que él consideraba fundamentales para la reflexión y la expresión filosófica.

El nazismo le obligó a enfrentarse con un mundo aterrador de asesinatos en masa, acontecimiento que le hizo reflexionar sobre

Auschwitz y sobre el «accidente» de su propia supervivencia. Desconfiaba, además, de la «gran cantidad de personas que afirma no haber sabido nada de lo que sucedía, aunque los judíos estaban desapareciendo por doquier». Para Adorno, resultaba imposible creer que aquellos que perpetraron las atrocidades en el Este hubiesen podido permanecer en silencio sobre lo que tenía que haber sido «una carga insoportable para ellos». Adorno se mostraba consternado porque el «tan citado trabajo de reprocesar el pasado no había tenido éxito y que, por el contrario, había degenerado en una imagen «distorsionada, vacía, fría, olvidadiza». El artículo de Adorno tendría una enorme repercusión en la Alemania de posguerra.

En 1967, Alexander y Margaret Mitscherlich en *Die Unfähigkeit zu trauern* (La imposibilidad de afligirse) se hicieron eco de las afirmaciones de Adorno describiendo los problemas de Alemania en términos psicopatológicos. Definieron la reticencia a confrontar la responsabilidad por el nacionalsocialismo como la «incapacidad de los alemanes de llorar las pérdidas», el rechazo a asumir en el subconsciente colectivo los crímenes del nazismo, que en su día aceptaron activa o pasivamente. Utilizando categorías freudianas para analizar la mentalidad alemana de posguerra, Alexander y Margaret Mitscherlich afirmaban que, tras 1945, los alemanes tenían que haber alcanzado a comprender su identificación profunda con Hitler y con la «comunidad nacional» (*Völkergemeinschaft*). Debían, por tanto, reconocer su responsabilidad por los crímenes cometidos por un régimen que contaba con un apoyo abrumador. Consideraban que se había descartado ese pasado gracias a una inversión masiva en «la expansión y la modernización de nuestro potencial industrial». En la «economía psíquica» que describían ambos autores, construir el futuro era una forma astuta de eludir el pasado.

Encontrar una posición desde la que ofrecer un balance equilibrado del final de la guerra no era sencillo, pues involucraba los problemas inherentes a la oposición binaria entre víctima y verdugo, entre culpa e inocencia. En la década de los cincuenta, la mayoría de los alemanes fue capaz de interpretar su experiencia

tan sólo en términos morales absolutos: una nación de víctimas alemanas se había enfrentado a un puñado de asesinos nazis y a una multitud de brutales vengadores comunistas.

En la República Democrática Alemana (RDA), los judíos se convirtieron en un grupo de víctimas más, apenas distinguibles de otras «víctimas del fascismo». En la RFA, el canciller Adenauer reconocía que el «pueblo Alemán es consciente del inmensurable sufrimiento de los judíos en Alemania y en los territorios ocupados durante el nacionalsocialismo». Sin embargo, incluso mientras prometía compensaciones para el Estado de Israel, Adenauer evitaba la espinosa cuestión de la responsabilidad. Reconocía que «en el nombre del pueblo alemán se han cometido crímenes innumbrables que reclaman indemnización moral y material». Sin embargo, esa construcción pasiva dejaba abierta la cuestión de la culpabilidad y distinguía entre «culpa y responsabilidad».

Hacia finales de la década de los sesenta, la política del gobierno de la RFA de mejorar sus relaciones con los países de Europa oriental llevó a un reconocimiento más amplio de lo que Alemania había hecho a sus vecinos orientales durante la guerra, incluyendo el asesinato masivo de judíos. El canciller Willy Brandt afirmó, el 8 de mayo de 1970, que «nadie está libre de la historia que ha heredado». En diciembre de ese año, Brandt inauguró una nueva fase en la postura del gobierno alemán hacia el pasado, con su gesto simbólico de penitencia ante el memorial del gueto de Varsovia. En general, desde 1945 se puede dividir el estudio sobre el Tercer Reich en tres fases: la inmediata posguerra se caracterizó por el recuerdo de las víctimas del nazismo. El periodo a partir de 1960 se centró en los verdugos nazis y, desde la mitad de los años noventa, han resurgido los estudios sobre las víctimas.

En los dilatados debates sobre el Tercer Reich, en términos generales, la izquierda ha analizado el fascismo, incluyendo el nacionalsocialismo, como una variante del capitalismo burgués, un mecanismo de crisis para disciplinar a la clase trabajadora y restaurar la viabilidad del capitalismo en un periodo de inestabilidad económica y de gran potencial revolucionario. La interpretación «marxista» o de clases (con sus muchas variantes) defiende

que el nacionalsocialismo obedecía a la lógica fundamental de la historia, pues era explicable en términos de lucha de clases y de los intereses económicos a los que servía. Según esta visión, a pesar de apariencias superficiales de incompatibilidad entre nazismo y los grandes negocios, el partido nazi fue apoyado y, finalmente, benefició a los intereses del capitalismo. En particular, la guerra de conquista del nazismo servía tanto a los intereses del capital como a los imperativos ideológicos nazis.

La principal alternativa, que puede denominarse «liberal», sostiene que el nazismo era una manifestación de los riesgos inherentes a la sociedad de masas, demostrando que ésta podía servir de caldo de cultivo tanto de ideologías irracionales y totalitarismos, como de democracia y pluralismo. Los liberales rechazan así un análisis de clases del nacionalsocialismo y afirman la primacía de la política y la ideología sobre la economía. Los historiadores de esta tendencia defienden que el régimen nazi fue fundamentalmente anticapitalista y que utilizó argumentos irracionales para lanzarse a una guerra por el poder y la conquista. Estas diferencias de opinión han pesado en todas las cuestiones polémicas sobre el carácter del nazismo. En particular, qué clases apoyaron al régimen antes de 1933, quién se benefició más de sus políticas, de las oportunidades que proporcionó la guerra y cómo explicar la guerra y el genocidio que ésta permitió.

Variantes de estos argumentos tuvieron una vida política, pues fueron alimentados por el conflicto entre el comunismo y la democracia liberal o burguesa y por las tensiones del periodo de la Guerra Fría y la división de Alemania. El legado del nacionalsocialismo tuvo una enorme importancia para la definición de la identidad nacional de las dos Alemanias entre 1949 y la década de los sesenta. Fue la forma que tuvieron ambas Alemanias de distinguirse del pasado alemán y entre ellas mismas. Para la RFA, el nazismo fue una variante del totalitarismo que, bajo otra máscara, se encontraba todavía en el poder en la Alemania oriental y en la URSS. La tendencia pacifista resumida en el movimiento Ohne-Mich («no cuenten conmigo») de la RFA durante la década de los cincuenta coexistía con un enérgico sentimiento de amenaza soviética. Esta

era un área donde la propaganda antirrusa y antibolchevique de los nazis encontró reflejo en las actitudes de los alemanes tras la guerra. Para la RDA, por el contrario, el nazismo era un producto del sistema capitalista que gobernaba todavía en Occidente. La Guerra Fría tan sólo añadiría combustible al debate. Por citar tan sólo un ejemplo, la guerra de Corea de principios de los años cincuenta sería percibida en la RDA como continuación de la destrucción causada por los «gángsters anglo-americanos» que habían utilizado «armas de destrucción masiva» contra los civiles inocentes de la histórica ciudad de Dresde en febrero de 1945.

Mientras que en la RDA el consenso oficial identificaba el anticomunismo como el rasgo esencial de la ideología nazi, en la RFA se designaban el antisemitismo (y antiliberalismo) como los rasgos diferenciadores nazis, permitiendo así a los alemanes occidentales desasociarse del nazismo mediante las compensaciones a las víctimas judías y el apoyo al Estado de Israel, mientras condenaban a la RDA por no realizar actos semejantes de contrición respecto al pasado nazi. Existían también notables diferencias en sus actitudes hacia la resistencia alemana al nazismo. En la RDA se apuntaba con orgullo a la resistencia comunista en el Tercer Reich, mientras que, en la RFA, la resistencia comunista era considerada hipócrita pues aspiraba a reemplazar una dictadura con otra. Por ello, se ensalzó la resistencia militar conservadora que había deseado continuar la guerra contra la URSS en el Este. En la RDA, las víctimas del fracasado golpe del 20 de julio de 1944 eran tan sólo cómplices del nazismo al que habían apoyado de forma oportunista hasta las derrotas militares.

La lista de víctimas en la RFA y la RDA tampoco era idéntica. Las mujeres víctimas de violaciones a manos de soldados del Ejército Rojo, que aparecía de forma tan frecuente en los testimonios en la RFA, eran prácticamente inexistentes en la RDA. Sin embargo, de muchas otras formas, la memoria colectiva que surgió en las dos Alemanias presentaba similitudes. En ninguna de las dos listas de víctimas se incluía a los llamados «asociales», a las víctimas de la esterilización, a las mujeres perseguidas por sus relaciones con trabajadores extranjeros o a los homosexuales.

Mientras el antifascismo emergió como la ideología integradora en la más pequeña y débil RDA, el anticomunismo lo fue en la próspera Alemania occidental. En 1955, las potencias occidentales decidieron rearmar «su» parte de Alemania, país que catorce años antes había lanzado una guerra de aniquilación contra la URSS. Sin embargo, aunque ambas Alemanias buscaban utilizar a su favor interpretaciones del nazismo y del Holocausto, su instrumentalización de la ideología nazi como una carga negativa para destacar sus ideologías respectivas compartía el denominador común de que el nazismo era un mal absoluto sin redención posible. En ambas naciones se proponía una distinción clara entre el puñado de criminales responsables de las atrocidades, y la masa de buenos alemanes que estaban dispuestos a aprender del pasado. Las víctimas de las dos Alemanias forjaron sus identidades como supervivientes y éstos se convirtieron en los hombres y mujeres capaces de hacer regresar a ambos países a sus destinos nacionales, ya fuera al capitalismo y la democracia o al socialismo.

En 1983, el filósofo Hermann Lübbe defendía en una conferencia para conmemorar el cincuenta aniversario de la toma del poder de los nazis que en la era de la posguerra los alemanes de la RFA habían sentido la necesidad de mantener un «cierto silencio» (*gewisse Stille*) sobre el nacionalsocialismo. Para Lübbe, mantener el silencio sobre el pasado resultaba esencial para permitir que los alemanes occidentales pudieran construir una sociedad civil viable tras 1945. Lo que para Adorno era un defecto, para Lübbe se convertía en una virtud.

En las páginas que siguen, he querido resumir las principales líneas de la evolución historiográfica sobre el nazismo y los debates que ha generado y que, sin duda, seguirá generando. La enorme cantidad de obras que analizan el nazismo hace muy complicado poder alcanzar una visión de conjunto, máxime cuando nuestro país se encuentra alejado de los principales debates sobre el tema. Se trata de un resumen global de la historiografía del periodo nazi que posibilita a los estudiosos y a aquellos que se inician en su estudio lograr una visión de conjunto que permita contextualizar el estado de la cuestión. Las obras que acompañan

a los nombres de los autores son las más relevantes de sus estudios sobre el Tercer Reich y el Holocausto.

La obra que tiene en sus manos el lector es una síntesis sobre un tema muy vasto. En cada apartado se han mencionado los autores más representativos de cada corriente o época, o aquellos que el autor ha considerado más relevantes. La elección sobre qué incluir y qué dejar fuera no ha sido sencilla. Huelga decir que en una obra de estas características la lista tan sólo puede ser selectiva y restrictiva, de lo contrario se convertiría en un diccionario enciclopédico que hubiese requerido varios volúmenes. El autor espera que esta obra sirva a los lectores como guía útil para acercarse a los diversos debates sobre el Tercer Reich y al océano bibliográfico sobre el tema. En la conclusión de la obra he querido aportar una visión personal sobre el nazismo y el Holocausto a la luz de las últimas investigaciones sobre el tema aunque, como es natural, no pretende en modo alguno ser definitiva, sino que simplemente deber servir para que el lector confronte sus ideas con las del autor.

Uno de los motivos por los que los alemanes no han podido evitar enfrentarse con el legado del Tercer Reich ha sido la insaciable curiosidad del mundo occidental por todo el periodo nazi. Hoy en día, además del intenso debate sobre el nazismo, lo que podemos denominar como «industria sobre Hitler» crece diariamente, alimentada por cientos de programas diarios consagrados a cualquier aspecto de la vida de Hitler. Por ejemplo, el conocido canal Historia ha sido popularmente bautizado en Estados Unidos como «canal Hitler» por la enorme cantidad de programas dedicados al Führer y a la segunda guerra mundial. Es, sin duda, la inevitable consecuencia de poner la historia a competir por la audiencia televisiva. Asimismo, se publican cientos de libros escritos para el gran público que acaban trivializando a Hitler y al Tercer Reich. Desde hace unos años esta tendencia se ha extendido a internet con consecuencias igualmente funestas. Existen numerosos blogs y páginas web con información anónima, parcial, y falaz sobre el nazismo.

Paradójicamente, a pesar de la enorme producción bibliográfica que ha producido el nazismo y la segunda guerra mundial,

en realidad las fuentes primarias sobre el periodo son muy fragmentarias. Gran parte de las mismas se perdió en los bombardeos masivos de las ciudades alemanas durante el conflicto y otra parte fue deliberadamente destruida por los nazis ante el avance de las tropas aliadas.

En algunos estudios históricos el nazismo parece reducirse al antisemitismo, mientras que, en otros, la obra de Hitler y el nazismo se nos muestra centrada únicamente en los aspectos tácticos y estratégicos de la segunda guerra mundial. La simplificación del fenómeno nazi a su dimensión antisemita permite interpretarlo como un estallido de irracionalismo general manipulado a voluntad por unos fanáticos que consiguieron hacerse con el poder debido a la ansiedad popular por la depresión económica, y evita así la cuestión de la responsabilidad alemana. El Tercer Reich aparece así como un régimen arbitrariamente impuesto al pueblo alemán y explicable por la capacidad demoníaca de seducción que poseía Hitler y por el éxito con el que supo manejar a una sociedad atomizada.

El Tercer Reich y su consecuencia más funesta, el Holocausto, (que, sin embargo, no deben ser entendidos como sinónimos) conllevaron sin duda el colapso moral de una sociedad industrial avanzada, muchos de cuyos ciudadanos cesaron de pensar por sí mismos a favor de lo que el escritor George Orwell describió como el «ritmo de tamtam de un tribalismo de nuestro tiempo». Es la historia de cómo un pueblo civilizado y culto arremetió contra la caridad, la razón y el escepticismo depositando su fe absoluta en Hitler. El historiador Ian Kershaw lo definió como «un ataque contra las raíces mismas de la civilización».

El nombre de Hitler representa justificadamente el del instigador del hundimiento más profundo de la civilización en los tiempos modernos. Sin embargo, el mito de una nación secuestrada de «gente corriente» llevada por el mal camino por un demagogo que anuló unas instituciones políticas razonables y democráticas no resulta nada convincente. La historia del nazismo es, además, un pertinente y terrible recordatorio de que las amenazas a la democracia no provienen tanto de la inestabilidad política como

de aquellos que la manipulan. Por ello resulta indispensable seguir estudiando e investigando el Tercer Reich y hacer frente a los planteamientos posmodernistas defendiendo la historia como método válido para refutar las tesis relativistas o negacionistas.

La ciencia histórica realiza una tarea fundamental de pedagogía y filtro crítico en la sociedad. En ese sentido, conviene recordar las pertinentes palabras del escritor Uslar Pietri: «Vivir sin historia es lo mismo que vivir sin memoria o por lo menos reducido a una mera memoria de lo inmediato y reciente ... Condenar a cada generación o a cada hombre a partir de cero, a enfrentarse a la experiencia sin eco, sin contraste, sin referencia, sin resonancias, sin situación, sería reducir la experiencia humana a una mera inmediatez sin sentido ... Robinsón Crusoe pudo sobrevivir en la isla porque llevaba consigo su pasado. Un Robinsón desposeído del pasado y lanzado a la isla del presente estaría condenado a perecer».

Incluso los más acérrimos historiadores posmodernos no niegan la posibilidad de distinguir entre las afirmaciones históricas y los juicios morales o políticos. El método histórico no pierde su validez, incluso si no puede alcanzar la verdad absoluta, o si la evidencia empírica es sometida a interpretaciones contradictorias. Tan sólo porque no se pueda alcanzar la verdad, eso no significa que no pueda ser establecida más allá de la duda razonable. La negación del Holocausto, por ejemplo, es ilegítima porque los métodos históricos utilizados por los negadores son deficientes. Dado que los negadores del Holocausto operan bajo presunciones conspiradoras, es decir, niegan cualquier evidencia que rechace sus tesis como parte de una conspiración de mentiras, sus hipótesis son al final imposibles de falsificar y, por tanto, no pasan la prueba de los más elementales exámenes de los métodos científicos.

En este sentido, el historiador alemán Hinnerk Bruhns escribió en 1990 unas certeras reflexiones de una validez universal: «Una concepción lúcida de la Historia debe integrar el conjunto de la historia alemana, con todas sus épocas positivas y negativas. La tarea de la ciencia histórica no consiste en fabricar una

tradición que suscite la aprobación general, sino en esclarecer los acontecimientos y estudiar sus causas. Ello implica revisar permanentemente y dar un carácter histórico a la imagen que tenemos de la Historia, y no relativizarla por razones públicas. El historiador debe intervenir en la memoria colectiva para prevenir la utilización política, consciente o no, de imágenes o de representaciones estereotipadas. En ese sentido el historiador, junto con mirar al pasado, trabaja a favor del porvenir».